

Porque Cosme no dudaba que al niño confiado á su sobrina se refería la cita de Papantli.

Desgraciadamente para sus propósitos, Cosme había tenido la imprevisión de comenzar dando á D. Alvaro como lugar de la cita las señas de la casa que Togores y Pacheco habitaban.

No podía desmentirse ni darle el verdadero recado de Papantli, sin grave riesgo de que el joven sospechase de su veracidad, y sin saber cómo salir del atolladero, se despidió de D. Alvaro molesto y contrariado.

Capítulo X

Cosme y Papantli



Ya en la calle, el espía Cosme se dió á pensar y á decirse á si mismo lo siguiente:

D. Alvaro es un hombre valiente y decidido, pero su decisión y valentía de poco podrán servirle si esos dos hombres no le atacan frente á frente y emplean contra él las asechanzas y el puñal del asesino.

Su buena ó mala ventura serían para mí por completo indiferentes en cualquiera otra ocasión, pero en la actual implican é importan para mí nada menos que mi porvenir y mi fortuna.

¿Mas cómo impedir que concurra á la malhadada y falsa cita?

Volver á darle un contra-aviso sería imprudente é ineficaz.

Desconfiaría de mí, y con españoles de su temple inspirarles desconfianza equivale á echárselos de enemigos.

Son suspicaces hasta la exageración y profesan la máxima de que quien da primero da dos veces.

Tampoco puedo descubrirme á la noble india Pantli.

¿Qué hacer entonces?

¡Ah! ya encontré el remedio.

Vamos á ver á mis dos hombres.

Tomada esta determinación, el indio Cosme apresuró el paso y poco tardó en hallarse en la casa de Pacheco y de Togores.

—¿Qué hay?—preguntáronle con ansiedad.

—Hay,—respondió Cosme,—que D. Alvaro no las tiene sin duda todas consigo y me ha manifestado que si esa india necesita de él, en su casa puede buscarle á cualquier hora del día ó de la noche si es hermosa, ó de día y no muy temprano si no lo es.

—Quiere decir...

—Que le esperaréis inútilmente en esta casa.

Togores no pudo reprimir la manifestación de su enojo, y no teniendo otra gente sobre la cual desahogar su enfado, dijo al indio Cosme.

—¡Ay de tí, si nos has vendido ó traicionado!

—¡Bah!—repuso el indio con desdén,—cualquiera creería que os suponéis capaces de pagar como se debe un servicio de importancia. No será á vosotros á quienes yo rinda ese servicio.

—¿Qué importante servicio puedes tú rendir si te ha faltado ingenio para traer á esta casa á D. Alvaro?

—Es verdad, ¿pero os habéis olvidado que ese hombre tiene un hijo?

—Cuyo paradero no has querido descubrirnos.

—Es la verdad.

—Entonces...

—Puedo quererlo cualquier día, mañana, hoy, en este momento.

—¡Oh! si así fuese...

—Todo depende del modo y monto de lo que por este secreto me ofrecáis.

Alonso de Pacheco vió abiertas para él las puertas de su venganza con las palabras de Cosme y prometió y puso á su disposición cuanto pedirle quiso.

Convenidos en el precio del servicio que iba á hacerles, Togores y Pacheco cayeron en la red del astuto indio que les dijo:

—Nobleza obliga, y nada aceptaré de vosotros sino después de haberos entregado á esa criatura.

Pacheco creyó que la salida del indio podía ser tan solo un pretexto para escapárseles, y tomándole enérgicamente de un brazo, repuso:

—Bien está, pero como el asunto nos interesa tanto como puedes suponer en vista del premio á que te compramos tu secreto, pienso que en vez de indicarnos el lugar donde ese niño está oculto, puedes, puesto que así nos conviene, guiarnos tú mismo y en este momento.

—Iba á proponéroslo,—respondió Cosme con naturalidad y ocultando á la perfección el contento que recibía.

—Pues en ese caso, vamos á ello, que la noche avanza y el tiempo urge.

Togores y Pacheco salieron un instante después siguiendo al indio Cosme, que para sus adentros iba diciendo:

—Ya está en salvo D. Alvaro, veamos ahora cómo puedo desembarazarme de este par de necios.

.....

Nada desespera tanto como esperar.

Papantli conocía bien la casa de D. Alvaro y no podía equivocarse en el cálculo del tiempo necesario para que el indio Cosme volviese con la respuesta del noble joven.

Pero no el necesario, sino el doble del necesario, pasó sin que el indio regresara.

—Mal me augura esta tardanza,—se dijo al fin.

He vuelto á ver á Coyolauqui y me ha parecido descubrir que se hallaba sobreexcitada é inquieta.

A mis preguntas ha respondido con visibles vacilaciones.

Sin embargo, nada pude descubrir que me hiciese sospechar que esta noche sea la señalada para hacerme traición.

El niño que confíe á su cuidado, y que tan á mi gusto cría, se hallaba como siempre en su casa.

¡Cuán hermoso es!

¡Con razón Xochitl, su desventurada madre, está casi loca, separada de él!

¡Pero yo se lo devolveré, sí, yo se lo devolveré!

Estoy decidida, si D. Alvaro quiere tener piedad de mí y por mí intercede con Xochitl y Gonzalo de Alva; yo misma pondré en sus manos esa hermosa criatura.

Pero ¿sí no escucha mis ruegos?

¡Ah! ¡entonces... también pondré el niño en sus brazos, sí, estoy decidida!

Le amo tanto que debo hacerlo así.

No temo por su vida.

Ixtaolzin le ama casi tanto como yo.

Pero en él es superior á todo sentimiento el instinto de su venganza.

El me lo ha dicho.

«Es necesario criar á ese niño en la religión, la política y las costumbres de nuestros antepasados:

»Es necesario hacer de él un azteca en toda la extensión de la palabra:

»Es necesario inspirarle un implacable odio contra nuestros conquistadores:

»¡Sí, se lo inspiraremos, yo me encargo de ello!

»¡Y si los dioses lo quieren, yo puedo ver aún cumplida mi venganza!

»¡Oh! y eso sí, de un modo superior á mis esperanzas.

»¡Porque yo armaré el brazo con que herirá, sin saber á quién hiere, á su propia madre!

»¡Yo le diré que Toci le hizo nacer para dar muerte á Xochitl, su perjura sacerdotisa, y origen de las desgracias de su pueblo!

»¡Ah! viejo, muy viejo soy, pero aun puedo vivir para verlo.

»¡Aun puedo vivir para ese día feliz en que herida Xochitl por su propio hijo, yo me acercaré al oído de la moribunda, para descubrirle que su asesino ha sido su propio hijo.

»Y cuando se lo haya dicho, cuando en su amor de madre quiera perdonarle, yo, á su vista clavaré el cuchillo de sacrificador, en el pecho del mancebo y arrojaré su cadáver en sus brazos.»

.....
 ¡Oh! ¡no; yo no consentiré que el sanguinario Ixtaolzin llegue á ver realizado su cruel proyecto!

Capítulo XI

Temores, dudas y sobresaltos

CUANDO Papantli llegó á la casa de D. Alvaro, éste había salido ya sin duda para acudir á la falsa cita de Cosme.

La desgraciada india sintió que todo su ánimo se amoriguaba, y estuvo próxima á desfallecer de contrariedad y desaliento.

—¿Estará decretado,—se preguntó,—que no puede llevar adelante mi generoso propósito?

Mucho me lo temo.

Todo se pone en contra mía.

Si mi regreso á la casa se prolonga más allá de lo que por costumbre tengo, Ixtaolzin sospechará que algo trama contra él y se hará conducir á la casa donde tenemos oculto á ese pobre niño.

No sé por qué estoy esta noche más inquieta y sobreexcitada.

El aire me parece grueso y pesado, y respiro con dificultad.

Algo terrible y siniestro se agita y mueve en torno mío.

Sombras pasan ante mis ojos que tienen la forma del maligno espíritu que se complace en estorbar todos los buenos propósitos (1).

Las plumas de sus alas, negras las unas como sus traiciones, grises las otras como la falsedad con que al mal nos induce, han rozado mi frente.

Percivo distintamente su canto nocturno, semejante á un estridente y burlón silbido.

Brillan en la oscuridad sus ojos fosforescentes con luces azuladas y verdosas.

Pero no, no lograré infundirme pavor.

Tengo conciencia de que hago bien en lo que hago, y esto me dará fuerzas para dominar mi terror.

No te temo, siniestro espíritu que habitas en el cieno de los lagos y de su inmundo limo te sustentas.

No te temo, y á que huyas te conjuro.

Déjame creer y esperar que serás impotente contra mí.

No claves en mí tus miradas frías y vagas como los fuegos de los sepulcros.

Déjame creer y esperar.

No hagas latir mi corazón con los golpes que en él produce el irregular movimiento de la sangre de mis venas.

No me alarmes con tus nocturnos silbidos que por burlones me impacientan y ofenden.

(1) Creían que había un espíritu maligno enemigo del género humano, á que daban el nombre de *Tlacatecolotl* ó «ave nocturna racional», y decían muchas veces que se dejaba ver de los hombres para hacerles daño ó espantarlos. —Clavijero, *Historia antigua de México*.

¡Huye de mí, siniestro espíritu, porque no quiero temerte!

Conmigo están *aquel por quien se vive y aquel que todo tiene en sí* (1).

Ellos me defenderán de tí, y con ellos triunfaré de tu perfidia y asechanzas.

Además llevo sobre mí un amuleto de cuyo secreto poder no habrás tú de triunfar, siniestro espíritu.

Si; aquí está debajo de mis ropas y sobre mi pecho.

¡Míralo!

Al decir estas palabras Papantli sacó de su seno el Cristo que Fray Martín entregó un día á Xochitl, y que ésta colocó á la cabecera de su cuna.

El hijo de Xochitl y de Gonzalo casi nunca se separaba de aquella imagen, cuyo bronce dorado seducía y halagaba su vista.

Papantli había procurado siempre que nunca aquella imagen fuese por nadie separada del niño.

Sabía el prodigio por ella obrado en defensa de sus dueños y en contra y castigo de Ixtaolzín.

El sacerdote no la tenía en menos respeto y superstición.

No podía soportar su contacto, y alguna vez se apartó horrorizado del niño, cuando al poner sus manos sobre él, llegó á tocar en su ceguera la imagen cristiana.

(1) Usaban epítetos sumamente expresivos para significar la grandeza y poderío de que creían dotado á su dios supremo. Llamábanlo *Ipalnemoani*, esto es, *aquel por quien se vive*; y *Tloque Nahuaque*, esto es, *aquel que tiene todo en sí*.—Clavijero.

Aquella noche Papantli había tomado el Crucifijo para llevarsele consigo.

Su fin era procurar el bien de la criatura y creyó que, protegida con aquel Crucifijo, lograría mejor su objeto.

Pero sus viejas preocupaciones triunfaron en su ánimo, y ya hemos visto sobrecogida de terror, aunque queriendo negárselo á sí misma, distinguir en su calenturienta fantasía la horrible figura del siniestro espíritu creado por su religión.

—Mas, ¡ay de mí!—se dijo;—¿acaso habré hecho bien en separar al niño de este amuleto?

¿No sucederá que no sirva para protegerme á mí y que á él le haga falta?

¡Ay de mí, cien veces!

¿Por qué le habré de él separado?

¡Tengo miedo: si tengo miedo!

Aún no he logrado que desaparezca el siniestro espíritu.

No: allí está: agita sus alas, alumbra con sus ojos, y deja escapar, burlones y mal intencionados, sus horribles silbidos.

¡Oh, tú! ¡dios de la noche, y tú, diosa de las cunas, protejed el sueño de ese niño, y de él apartad todo peligro (1).

Al hacer esta invocación, Papantli se inclinó hasta tocar la tierra con su mano, que después se llevó á los labios, besándola con respeto, según era de uso y costum-

(1) *Xoaltenctli*, dios de la noche, era, según creo, el mismo *Meqtlí* ó la luna. Otros dicen que era el *Tonatiuh* ó el Sol, y otros que era un numen diferente de aquellos dos. A esta divinidad encomendaban sus hijos para que les diese sueño. *Xoalticilí*, médico nocturno, diosa de las cunas, á quien también encomendaban los niños para que cuidase de ellos durante la noche.—Clavijero.

bre en las gentes de su raza cuando nombraban á su dios principal ó á otro cualquiera de su particular devoción.

Después prosiguió Papantli su oración en estos términos:

—Escuchad mi plegaria, dioses protectores de los niños, y yo os prometo buscaros allí donde os hayan arrojado los nuevos dioses de los españoles, para adoraros y alzaros sobre mi cabeza.

Y limpiaré el polvo que cubra vuestras imágenes, y recogéndole en blancos lienzos le mezclaré al agua que haya de calmar mi sed.

Os ofreceré oblacones de incienso y de *copal*, y postada permaneceré ante vosotros hasta que el dolor de mis rodillas me altere y desvanezca.

Abriré mis orejas con espinas de maguey, y por los agujeros pasaré las sesenta cañas que prescriben los más severos ritos.

Pasaré mis noches cantando vuestras alabanzas, incensando vuestros ídolos y derramando mi sangre en los hogares del templo.

Dejaré toda humana habitación y disputando á las fieras sus dominios, en los bosques construiré mi cabaña siempre cubierta de ramos verdes, pues cuando uno se seque, otro nuevo pondré en su lugar sin dejarme vencer por la fatiga.

Encerrada allí, lejos de toda comunicación con el mundo y mis semejantes, sin más alimento que maíz crudo y cenagosas aguas, viviré en continua oración hasta que la muerte me sorprenda.

Papantli volvió á tocar el suelo y á besarse la mano en señal de juramento.

Este juramento era de gran valor aun en los tribunales, y sólo de por sí bastaba para justificarse de haber cometido algún delito; pues creían que no había hombre tan temerario que se atreviese á abusar del nombre del dios sin evidente peligro de ser gravísimamente castigado por el cielo (1).

(1) Clavijero, *Historia antigua de México*.